

rey apela al honor para lavar el reino de semejante vergüenza (1). La apelacion no fué admitida, y la institucion de los correos cayó con el edificio de la unidad romana, bajo el cual habian tratado de abrigarse los Bárbaros, aún cuando incapaces de sostenerle (2).

Las costumbres eran más fuertes que el legislador. Se aproximaba ya el feudalismo, y dominaba la fuerza. Para ponerse al abrigo de la violencia, los comerciantes se reunian en caravanas y se ponian bajo el amparo de la religion. Los mercados se celebraban á la sombra de las catedrales, donde la santidad del lugar ofrecia un asilo á los extranjeros, aún cuando fueran infieles. En las ferias de Saint-Denis (3) se veian Anglo-Sajones, Lombardos, Griegos y Sarracenos. Pero los santos mismos eran impotentes para proteger á los mercaderes contra las vejaciones que les esperaban en los caminos; y el entretenimiento de éstos, la construccion y la reparacion de puentes y vados corrian á cargo de las localidades y se realizaban, si acaso, por carga concejil. Carlo-Magno hizo inútiles esfuerzos para poner orden y dar actividad á algunos trabajos de ese género. En el siglo X no se podía atravesar el puente de Meaux sino poniendo las adargas en los muchos agujeros que tenia (4). Para cubrir los gastos de conservacion, se exigia de los mercaderes una infinidad de impuestos, derechos de portazgo y de pontazgo, de peaje y de vadeaje (5), impuestos que daban lugar á mil abusos. Carlo-Magno repite en sus capitulares que no se debe exigir retribucion á los viajeros cuando no se les dispensa un servicio; pero todo era en vano. Se ve, por una infinidad de ordenanzas, que las agentes locales hacian pagar derechos de ribera en campo abierto, derechos de portazgo donde no habia puertas, y de pontazgo donde no habia puentes. Se tendian lazos y cuerdas en los caminos y en los montes para detener y exigir rescate á los viajeros, y hasta se detenia á los habitantes que

(1) *Capit. Aquisgr.*, a. 825, c. 16, 19 (PERTZ, *Leg.* I, 245).

(2) Una de los capitulares de 85) habla de los *paraveredas* como de una institucion caída en desuso (PERTZ, *Leg.* I, 405).

(3) Las ferias de Saint-Denis eran ya célebres en tiempo de los Merovingios; en un diploma del año 629 se lee que los mercaderes italianos acudian á las ferias de Paris, donde encontraban comerciantes Sajones, Provenzales, Españoles y de diferentes naciones de ultramar. La feria duraba cuatro semanas (BOUQUET, *Coleccion de Crónicas*, t. IV, p. 627).

(4) RICHER, *Hist.*, IV, 50 (PERTZ, t. III, p. 613).

(5) DUCANGE, palabras *Portaticum, Pontaticum, Portulaticum, Cespitaticum, Rotaticum*.

transportaban sus efectos de un lugar á otro ó que iban á unirse á las milicias (1). Los enviados del emperador tenian orden de reprimir aquellas vejaciones con penas severisimas, á fin de contener por el terror á los culpables y á los que quisieran imitarlos (2); pero todo inútil: en tiempo del mismo Carlo-Magno no tenian fuerza alguna las leyes. El gran rey hizo una tentativa heroica para contener la disolucion de la sociedad, pero sin éxito alguno, porque la disolucion era necesaria, era providencial.

N.º 4.—Relaciones intelectuales.

Los esfuerzos de Carlo-Magno para detener la decadencia de los estudios fueron tambien ineficaces, lo cual no impide que el movimiento intelectual que imprimió á su siglo sea uno de sus más bellos títulos de gloria. Carlo-Magno amaba la ciencia con pasion; la consideraba como el principio de las buenas costumbres. En la capitular sobre el establecimiento de escuelas en los monasterios y palacios episcopales (3), se leen estas bellas palabras: "Preferible es al saber el obrar bien; sin embargo, para obrar bien es necesario saber. Importa mucho que cada uno aprenda las cosas que desea hacer, para que comprenda, cada vez mejor, lo que debe hacer.", Las conquistas que Carlo-Magno hizo en provecho de la ciencia nos reconcilian con el rudo guerrero, puesto que se sirvió de sus inmensas relaciones para estrechar por la Europa entera vínculos que la violencia no mancellará y que sólo la guerra hizo posibles.

Las grandes conquistas dilataron el horizonte de las inteligencias. Hemos dicho en otra parte que el cosmopolitismo estoico se desarrolló bajo la influencia de la dominacion romana. Carlo-Magno vivia en medio de una civilizacion estrecha; pero el conquistador ensanchó el punto de vista del Bárbaro. "Amaba á los extranjeros, dice *Eginhardo*, y les acogia con exquisitos cuidados; de ahí el que concurrieran á su lado en tan gran número, que, con razon, se les miraba como una carga harto dispendiosa. En cuanto al rey, la elevacion de su alma le hacia considerar ligero aquel peso, encontrando una compensacion en los elogios prodigados á su

(1) *Capitular.* II, a. 805, c. 13.—*Id.*, a. 819, c. 4.—*d.*, a. 820, capítulo I.

(2) *Capitular.*, a. 823, c. 19.

(3) BALUZE, *Capit.*, I, 201.

magnificencia y en el esplendor que ésta reflejaba sobre su nombre,, (1). Un rasgo contado por el *Monje de Saint-Gall* pinta admirablemente la aficion de Carlo-Magno á los extranjeros hombres de letras. Con unos comerciantes bretones desembarcaron en las costas de la Galia dos Escotos de Hibernia, hombres de una ciencia incomparable, los cuales no presentaban ninguna mercancía, pero anunciaban todos los dias en medio de la multitud de compradores: "Si alguno quiere la sabiduría, que venga aquí, nosotros la vendemos.", Tanto y por tanto tiempo gritaron, que, admiradas las gentes, hicieron que la cosa llegase á los oídos del rey, el cual los hizo llamar á toda prisa y les preguntó si era verdad que eran dueños de la sabiduría, á lo cual contestaron: "La poseemos en nombre del Señor, y la damos á los que la buscan dignamente.", Y como el rey les dijera qué querian en cambio, le respondieron: "Un lugar cómodo, criaturas inteligentes y aquello de que no se puede prescindir para pasar la peregrinacion en la tierra, alimento y vestido.", El rey, lleno de alegría, confió á uno de ellos las escuelas de las Galias, y dió al otro el monasterio de San Agustin, cerca de Pavia (2).

La predileccion de Carlo-Magno por los extranjeros, que *Eginhardo* encuentra excesiva, era una necesidad en el estado en que se hallaba el imperio de los Francos por el siglo VIII. Y no es que nosotros atribuyamos la ruina de las ciencias á los Bárbaros, dado que, antes de que éstos hubiesen puesto el pié en terreno del imperio, se les veia declinar rápidamente. Pero la barbarie germánica se juntó á la decrepitud romana, y las largas guerras civiles que afligieron á la Galia bajo los Merovingios extinguieron lo poco que quedaba de cultura intelectual. Para devolver la vida á la ciencia por medio de la enseñanza, fué necesario recurrir al extranjero. La Italia y la Inglaterra eran en esa época los dos únicos focos de donde irradiaba la luz sobre el resto de Europa: "Carlo-Magno, dice el *Monje de Angulema*, reunió en Roma maestros del arte de la gramática y del cálculo, y les llevó á Francia mandándoles que propagasen allí la aficion á las letras; porque antes del señor Car-

los, no habia en Francia ningun estudio de artes liberales,, (1). Llevó consigo á Pedro de Pisa, que habia sido profesor de Pavia, y á Pablo Warnefride. El primero tuvo la direccion de la escuela del palacio, á la cual pertenecian el emperador, los principes de su familia y los más distinguidos personajes de su corte. Pablo Warnefride, de origen lombardo, habia escrito la historia de su nacion; y despues de la ruina de la dominacion lombarda, Carlo-Magno le concedió un asilo en el monasterio del Monte-Casino. Permaneció fiel á sus antiguos reyes, y se le acusó de haber tomado parte en una sublevacion contra los Francos; y como en aquellos rudos tiempos la muerte ó la mutilacion eran la inevitable consecuencia de una acusacion semejante, se aconsejó á Carlo-Magno que quitára la vida al rebelde y mandára cortarle las manos: "¿Y dónde hallarémos entónces, respondió el rey, otras manos tan hábiles para escribir la historia?," (2).

En el siglo VIII era la Inglaterra el foco de un movimiento intelectual más poderoso quizá que el de la Italia. Misioneros salidos de Roma habian difundido en la isla la fe cristiana, y con la fe la civilizacion latina. Las crónicas dicen que un monje italiano hizo correr por la tierra inculta de su patria adoptiva el rio de la ciencia. Teodoro enseñó las letras griegas y romanas, la doctrina de la Iglesia y las artes profanas. "Desde la invasion de la Bretaña, dice *Beda*, jamas habian visto los Anglo-Sajones tiempos más dichosos, porque tenian reyes cristianos, terror de los Bárbaros, y cualquiera que queria estudiar las ciencias sagradas, en seguida encontraba maestros,, (3). El fervor religioso, unido al celo de la ciencia, imprimieron á las inteligencias una actividad admirable: de los monasterios de la Bretaña salieron los apóstoles de la Germania y los regeneradores literarios de la Galia (4). Alcuino, "hombre de una ciencia universal,, (5), habria reanimado la vida intelectual de la Europa, si esto hubiera sido posible; pero su influencia, aunque más modesta, no fué ménos

(1) MONACH. ENGLISMENSIS, *Vita Car. Magni ad a. 787* (PERTZ, I, 171).

(2) *Chronicon Scleritum.*, c. 9 (PERTZ, III, 476).

(3) BEDA, *Hist. Eccl.*, IV, 1, 2.

(4) El monje *Erico de Auxerre* dice que «la Hibernia entera, arrostrando la distancia y los mares, emigró, buscando las costas de la Galia, adonde llevó consigo un ejército de filósofos» (*Dedicatoria del poema de Erico á la vida de San German. Acta Sanctorum*, 21 Julio).

(5) EINHARDI, *Vita Car.*, c. 25.

(1) EINHARDI, *Vita Car.*, c. 21.

(2) MONACH. SANGALLI, I, 1, 2 (PERTZ, II, 731). Traducción de MICHELET.

provechosa. Aquellos misioneros de la ciencia depositaron en los conventos gérmenes de los que todavía hoy se aprovecha la humanidad.

SECCION 2.^a

LA UNIDAD DEL IMPERIO.

§ I.—La unidad romana y la unidad bárbara.

Al recibir la corona imperial, el rey de los Francos, hecho emperador de los Romanos, imitó las formas exteriores del imperio; tomó el título de Augusto y fechó desde su consulado (1). Pero era más fácil restablecer las formas romanas que resucitar el genio que las daba vida. Los Bárbaros eran radicalmente incapaces de fundar la unidad. Cada raza tiene su misión, la cual va impresa, por decirlo así en el carácter de los pueblos. Roma estaba llamada á reunir bajo sus leyes á todas las naciones antiguas, y Dios la otorgó el espíritu de dominación. Los Germanos debían romper aquella falsa unidad y preparar el período de las naciones, y Dios les dotó de la independencia de la libertad.

El derecho era el instrumento de dominación de los Romanos. Antes que ellos existieron conquistadores que sólo tenían fuerza para conquistar, pero no para consolidar sus conquistas. Los Romanos habían nacido para gobernar más todavía que para vencer; pueblo esencialmente jurídico, sometieron las voluntades, se asimilaron los caracteres nacionales y tuvieron la habilidad de reemplazar el idioma de los vencidos con el imperioso de la Ciudad Eterna. Ese espíritu jurídico faltó á los Germanos, á los cuales, andando los tiempos, se les verá desarrollar las más bellas cualidades de la inteligencia, pero siempre les faltará el genio del derecho. Los Francos dejaron á los Romanos sus leyes, y también sus hábitos y costumbres á las diversas tribus germánicas asociadas á ellos; el derecho vino á ser la señal distintiva de cada raza; y en lugar de la unidad, vióse reinar la diversidad más grande. El individualismo que caracteriza á los vencedores se difundió con sus conquistas; no tenían el poder de asimilación que ayudó á Roma á transformar los Bárbaros en Romanos; no tenían la superioridad intelectual por la cual

Roma dominaba en los vencidos; no tenían más que la fuerza, pero la fuerza se dobló al influjo de la civilización. Los conquistadores del imperio tomaron de los pueblos conquistados la religión, las artes y las ciencias, y el idioma de los vencidos absorbió el de los vencedores.

Los pueblos antiguos poseían en alto grado el sentimiento del Estado, el derecho de la sociedad sobre sus miembros. En la división de los derechos individuales y de los derechos sociales, el Estado se había atribuido la mayor y mejor parte; dominaba sobre el individuo hasta el punto de que la libertad de los fieros habitantes de Esparta y de Roma sólo existía de nombre: el ciudadano daba al Estado su persona, su vida, todo, hasta su libertad. El sistema antiguo es la exageración de una idea verdadera: es, efectivamente, de la esencia del Estado el que la sociedad tenga un poder sobre sus miembros; los ciudadanos deben ser súbditos. Mas entre los Germanos, el individuo lo es todo; no está bajo la dependencia de la sociedad; lo que los distingue es que las relaciones personales de individuo á individuo hacen las veces de las relaciones del súbdito con el Estado; pero ese es el germen del vasallaje, muestra inequívoca de la impotencia de las tribus germánicas para fundar grandes asociaciones.

Falta á los Germanos el primer elemento de una existencia social, la justicia. La más sencilla noción que se tenga de los derechos de la sociedad basta para reconocer que es indispensable que ésta intervenga para mantener la paz y el orden público cuando se vean turbados por un delito. Y bien, si se abren los códigos bárbaros que han regido hasta el siglo X en el imperio franco, y se investiga cuál es la parte que el Estado tomaba en la represión de los delitos, apenas si se encuentra el germen de lo que debe ser el poder social; domina en ellos el principio de las *composiciones*, y la pena que amenaza al culpable es una cantidad metálica que debe pagar al ofendido ó á su familia. Se ha llegado á celebrar ese sistema penal como superior á la civilización romana y á la cristiana, y se le ha citado en prueba del espíritu de libertad de los Germanos (1); nosotros no podemos ver en él más que un primer paso dado fuera de la

(1) GERARD., *La barbarie franca*, p. 116.—PFISTER., *Hist. de l'Allemagne*, t. II, p. 30.

(1) WAITZ., *Hist. const. de Alemania*, t. III, p. 206.

barbarie. La *composición* regulariza el derecho de venganza privada; pone al ofensor al abrigo de la guerra del ofendido, dando á éste una satisfacción por el daño material que le ha causado el delito, si bien imponiéndole la obligación de renunciar al empleo de la violencia (1). Pero ¿qué satisfacción da á la sociedad cuyo reposo se ve turbado ó cuya existencia se ve amenazada? ¿Qué satisfacción da al orden moral que el delito ha violado? Una parte de la *composición* se adjudica al rey; hé ahí el único elemento de la verdadera penalidad. ¿Hay necesidad de demostrar que esa débil intervención del Estado es garantía bien insuficiente para la sociedad y para la moralidad?

Cuando un pueblo siente apenas la necesidad de la justicia social, demuestra que es impotente para formar una gran monarquía. Cuando los Francos llegaron á hacerse dueños de la Europa occidental, quisieron dar á sus conquistas la unidad que constituía la fuerza del imperio romano; pero inútilmente evocaron la sombra de aquella poderosa administración; no hicieron más que resucitar el nombre del imperio. Los únicos elementos de unidad que allí se hallaban estaban tomados de una civilización extraña; la unidad carlovingia es un último reflejo de la dominación romana; pero no tiene ningún principio de vida, ningún porvenir. Hé aquí por qué condujo á la división feudal.

§ II.—La unidad carlovingia.

I.

El papa poné la corona imperial sobre la cabeza de Carlo-Magno; pero el emperador conserva el título de rey de los Francos; su carácter, sus gustos y sus sentimientos son esencialmente germánicos. Y esa oposición que existe en Carlo-Magno, entre las tendencias invencibles de la raza y las tradiciones de Roma, resalta aún más en el imperio que el papa ha querido resucitar. El imperio de Occidente no tiene de romano más que el nombre y algunos títulos; el espíritu de las instituciones continúa siendo germánico. Así es que, para apreciar la unidad carlovingia, hay que desentenderse de los títulos de *Augusto* y de *Cónsul* y penetrar en las costumbres de los Germanos.

(1) GUIZOT., *Curso de Historia*, loc. IX.

Los historiadores no están de acuerdo acerca del carácter de la monarquía de los Francos, como no lo están respecto de las otras instituciones de los conquistadores del imperio. Aquellos á quienes deslumbró la majestad de las instituciones romanas no ven en los reyes francos más que una fuerza desatentada que se entrega sin freno á las más innobles pasiones (1). Nosotros creemos que la monarquía ha sido más que un hecho brutal, y que la francesa, desde su origen, ha entrañado un principio de unidad. Los Visigodos tenían, en apariencia, más elementos de poder que los Francos; no ménos valerosos y más dispuestos á aceptar los beneficios de la civilización romana, parece que debían heredar el imperio que habían sido los primeros á volcar, y, sin embargo, no conservaron ni aun la España. Mucho ha contribuido para la debilidad de los Visigodos su monarquía electiva, mientras que la hereditaria fué el principio más activo de la unidad francesa; sin embargo, sería contrario á la verosimilitud histórica el atribuir á los Merovingios y á los Carlovingios la influencia que más tarde ejercieron los reyes de Francia, porque apenas si en los primeros siglos despues de la conquista puede ser considerada la monarquía como una institución, cuando ni siquiera tenía conciencia de sí misma.

Los Francos no tenían idea del Estado; para ellos, como para los demás pueblos bárbaros, las relaciones políticas se confundían con las del derecho privado. Si se busca el principio de la monarquía germánica, no se encuentra otro más que el de una copropiedad de familia: para los reyes francos, el Estado consiste en ciudades, en territorios, en rendimientos. De ahí las particiones de la monarquía hechas por Clodoveo y sus sucesores: especie de propietarios que distribuyen sus bienes entre sus hijos; y así se explica lo anómalo y raro de ciertas particiones. Tal rey cuya capital es Metz y cuyas principales posesiones están más allá del Rhin, manda también en la Auvernia y en algunas ciudades de la Aquitania; las mismas ciudades se dividen en dos ó tres partes (2). El

(1) AGUSTIN THIERRY pinta á los reyes merovingios en estos términos: «Verdaderos jefes de rancherías nómadas dentro de un país civilizado, acampaban ó se paseaban por las ciudades de la Galia, robando por doquier, sin otra idea que la de acaparar muchas riquezas en moneda sonante, en joyas, en efectos de valor y la de tener muchos caballos, lujosos trajes y bonitas mujeres, etc.» (*Cartas sobre la historia de Francia*, X).

(2) DUBOS., *Hist. de la monarquía franc.*, lib. V, c. 2.—THIERRY *Cartas*, X.—*Cronica meroving.*, I.